

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2022, Elisenda Roca, por el texto
© 2024, Carlos Mayor, por la traducción
© 2024, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de portada: Riki Blanco
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2024
ISBN: 978-84-8343-946-3
Depósito legal: B-270-2024
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
del Ministerio de Cultura y Deporte, a través de la
Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

La cinta transportadora del aeropuerto engulle dos maletas olvidadas del vuelo anterior y se para. Los pasajeros del BA7607 procedente de Londres esperan a que vuelva a ponerse en marcha. En la pantalla aparece el número de su vuelo y, enseguida, empieza a salir el equipaje. Maletas de todos los tamaños y colores, unas oscuras, otras chillonas, unas discretas, otras envueltas en plástico transparente, una funda con un instrumento musical dentro (quizá una guitarra), una sillita de bebé, unas cuantas mochilas, cajas de cartón con adhesivos con la palabra «Fragil», todo da vueltas en el carrusel sin fin que es la cinta transportadora. Ahora desaparecen, ahora vuelven a aparecer, a la espera de que alguien las identifique y las recoja.

Apoyado en una de las columnas de la sala de recogida de equipajes, David ha mirado los whatsapps, ha enviado uno al grupo de su familia para avisar de que acababa de aterrizar y de que cuando estuviera en el bus ya los llamaría, y ahora observa el desfile de maletas mientras espera la suya, cómoda, moderna

y de un rojo vivo, un regalo de su abuela que ha atado con una cinta de colorines para reconocerla con facilidad. No le importa esperar. Por un lado, la cosa tiene un puntito de intriga –¿saldrá?, ¿se habrá quedado en Londres?, ¿se habrá perdido y volará hacia un destino desconocido?–. Por el otro, el tiempo de espera es el rato necesario para tomar conciencia de que ha llegado a casa, de que sus pies pisan tierra firme y ya no están a miles de metros de altitud. Siempre lo invade un ligero mareo nada más aterrizar.

Durante esos momentos, mientras va echando vistazos a la cinta transportadora, aprovecha para observar a los demás viajeros. Como siempre. A su lado, una familia que recoge un montón de maletas y de bolsas, mientras los niños juegan a subir y bajar del carrito y su padre se queja y les pide que hagan el favor de estarse quietos. Dos jóvenes acaban de pescar sus mochilas, que parecen a punto de reventar de lo llenas que van, y tiran de ellas con esfuerzo para sacarlas de la cinta.

Nada. De momento, la maleta de David no sale.

Justo delante de él, separada por esa larga lengua de goma cargada de bultos que dan vueltas en procesión, hay una chica que no le quita ojo. David la mira y le sonrío con la complicidad de quien espera lo mismo. La chica aparta la mirada con timidez y así él puede observarla con más atención. Es guapa, desde luego. El pelo largo, suelto, le cae sobre los hombros con delicadeza. Los ojos, que ahora lo esquivan, son brillantes y de un verde intenso, ese tono precioso que brilla en los iris de su gata. La piel, limpia de maquillaje, pálida, no puede disimular el rubor que le provoca notar la mirada de David. Lleva vaqueros, una camisa de rayas encima de una camiseta blanca y una chaqueta de ante marrón claro, y calza, como él, unas Converse, pero de color azul

cielo. David nota que se le acelera el pulso. Ay, ay, ahora el que se está ruborizando es él. ¿Qué narices le pasa? «¡Venga, tío, deja de mirarla, que parece que le estás tirando los tejos!», piensa.

De repente, ve que la chica acaba de localizar su maleta y alarga la mano para cogerla.

–¡No! ¡Eh! ¡Que esa es la mía! –grita David desde el otro lado de la cinta.

Claro que ella no lo oye, porque en ese preciso instante un grupo de guiris, vestidos con la camiseta de un equipo de fútbol, se ponen a cantar su himno a gritos. Y él la ve salir apresuradamente de la sala arrastrando su maleta.

David se da cuenta de que otra maleta idéntica, que debe de ser la de la chica, sale en ese momento. Es clavada, pero la cinta que la envuelve es de otros colores. Ni corto ni perezoso, la agarra de un tirón, con fuerza, porque pesa mucho. ¡Vaya! ¿Qué llevará? ¿Piedras?

A toda pastilla, sigue sus pasos hacia la salida. La chica ya ha pasado el control de aduanas y va directa a la parada de taxis. David reza para que los agentes no lo paren y lo entretengan. Con eso perdería un tiempo muy valioso, y chica y maleta desaparecerían quizá para siempre. Por suerte, no le dicen nada, así que sale disparado hacia el exterior. La ve haciendo cola. ¡Qué suerte ha tenido de dar con ella! Le cambiará la maleta y se irá a coger el Aerobús, porque el taxi es demasiado caro para él. Pidiendo disculpas, se va abriendo camino hasta llegar a donde está la chica.

Ya se ha hecho de noche y, de repente, se pone a llover a cántaros. Aunque los protege un voladizo, la lluvia ha cubierto de gotitas minúsculas el rostro de la desconocida, que brilla a la luz de las farolas del aeropuerto.

–¡Perdona!

Ella da un brinco.

–Ay, lo siento. No quería asustarte. Es que te has confundido: esa maleta es mía y creo que esta debe de ser la tuya.

–¿Qué? No te entiendo...

Tiene un leve acento extranjero, casi imperceptible. ¿Será inglesa? ¿O ha estado estudiando en Londres como él y se le ha quedado un deje?

–Digo que esa es mi maleta y que yo he cogido la que creo que es la tuya. Mira la cinta: se parecen, pero son distintas.

La chica mira la etiqueta de la maleta que le acerca David y ve que efectivamente es la suya. Él lee lo que hay escrito: Marina Welles.

–Es verdad.

–Te llamas Marina. Un nombre precioso. Yo me llamo David, David Prat. Encantado de conocerte.

«¿Un nombre precioso? –piensa–. ¿Por qué le he dicho eso? ¡Menuda forma de hacer el ridículo!»

–Igualmente –dice ella, mientras con una sonrisa estrecha la mano que le ofrece el chico.

–Y esta es la mía. ¿Lo ves? –dice él, enseñándole la etiqueta con su nombre y su dirección.

La cola de pasajeros ha ido avanzando y ya están los dos delante de un taxi. Ella lo mira con desconfianza, como si no las tuviera todas consigo.

–Si quieres, podemos compartir taxi para ir a Barcelona, ya que durante unos minutos hemos compartido maleta –propone David en tono de broma–. Claro que también podemos coger el metro o el bus. Es más barato.

Los ojos de Marina siguen mirando con miedo detrás de él.

–¿Esperas a alguien? –pregunta David.

–No, no. Me parece bien compartir taxi –dice ella con prisa.

Mientras el taxista coloca las dos maletas gemelas en el portaequipajes, de lejos les llega el grito de un hombre vestido de negro que corre hacia donde están, empujando a la gente que hace cola. Ella lo mira y apremia al taxista para que cierre el maletero. Ni David ni Marina entienden lo que dice el hombre de negro, pero parece nervioso y agresivo.

Marina sube al taxi y tira de David.

–¡Arranque, deprisa! –grita.

El hombre se planta de un salto detrás del taxi justo cuando este acelera y sale disparado. Marina y David se vuelven. No le ven la cara, porque la esconde el contraluz, pero se dan cuenta de que los señala, amenazador, clavado como un poste en la calzada, bajo la lluvia.

Circulan en silencio, pero a David le parece oír el latido de su corazón acelerado. ¿Qué demonios acaba de pasar?

–¿Adónde vamos? –pregunta el taxista.

Antes de poder decir nada, el chico oye la voz decidida de Marina:

–A la calle Princesa con Cottoners.

–¿Vives allí?

–No. Es una casa abandonada.

El taxi para en la calle Princesa y el conductor los ayuda a bajar las dos maletas gemelas. Por suerte para el chico, que no lleva ni un duro encima, Marina se adelanta, saca una tarjeta de crédito y paga la carrera. Aunque vive en el barrio de Gràcia, muy lejos de allí, David ha decidido bajar con ella, acompañarla y tratar de echarle una mano. Durante el trayecto del aeropuerto a la ciudad, Marina no ha dicho ni mu, pero él se ha dado cuenta de que debe de pasarle algo grave al ver que se le escapaba alguna que otra lágrima mejilla abajo. ¿Quién era ese hombre siniestro que los perseguía gritando fuera de sí en el aeropuerto? Tampoco acaba de entender qué se le ha perdido a Marina en una casa abandonada. ¿A lo mejor es okupa? No tiene pinta. No obstante, no ha querido preguntarle nada.

De repente, ella rompe el silencio.

–Es mejor que te vayas. No quiero ponerte en peligro –dice muy seria, abriendo un paraguas plegable.

–¿Peligro? ¿Qué peligro?

–Gracias por acompañarme, pero te recomiendo que no dejes que el taxi se marche y te vayas a tu casa.

Sin embargo, el joven da dos palmaditas en el techo del coche para indicarle al conductor que puede arrancar.

–Marina, no te conozco y a lo mejor me estoy metiendo donde no me llaman, pero me gustaría que me contaras qué te pasa. Quiero ayudarte.

Las calles del barrio de la Ribera son angostas. Cottoners también, aunque detrás de un bloque de pisos muy estrecho se esconde una casa señorial con una puerta enorme. Los dos se han parado delante.

–¿Por qué quieres ayudarme? Si ya lo has dicho tú: no me conoces de nada... ¿Por qué iba a confiar en ti? –dice Marina, clavando en él su mirada intensa, de un verde profundo.

–Tienes razón. Tú tampoco me conoces, es verdad. Lo único que puedo decirte es que soy buena gente.

Our whole universe was in a hot, dense state.

Then nearly fourteen billion years ago expansion started. Wait!

–¡El móvil, siempre tan oportuno!

La música resuena con fuerza, más de lo que querría David.

The Earth began to cool,

The autotrophs began to drool,

Neanderthals developed tools,

We built a wall (we built the pyramids)...

–Perdón, perdón, perdón...

El móvil sigue sonando mientras él trata de sacarlo, nervioso, del bolsillo de los vaqueros.

Math, science, history, unraveling the mysteries

That all started with the big bang! Hey!

Por primera vez, la chica sonríe.

–A mí también me gusta *The Big Bang Theory* –dice, señalando el teléfono de su nuevo amigo.

Él hace un gesto para pedir disculpas. Tiene que contestar.

–¡Hola...! Sí, bien, todo bien... Dime, mamá... ¿Nervioso? ¿Yo? ¡Nooo! Es que no conseguía sacar el móvil del bolsillo... Aún no estoy en casa, no, claro. Si no, me estarías viendo... ¡Ah, que os habéis ido! Así claro que no me veis –ríe–. Bueno... Sí, vale... Todo bien, todo bien. He tenido que coger otro vuelo... Sí, *overbooking*. Ya te contaré... Sí... Pues... con una amiga... Una amiga, mamá. Ahora no me hagas un tercer grado. Sí, riete, riete... ¡Ay, cómo eres, mamá! OK. Que os lo paséis bien. Sí, tranquila, llamo también a la abuela. Adiós.

David vuelve a guardarse el móvil en el bolsillo. La tormenta ha amainado y ahora cae una lluvia fina y constante.

–Mi madre.

–Lo he sospechado.

–¿Por qué?

–Has dicho «mamá» un montón de veces.

–¡Ah, claro! –ríe él–. Le he mandado un whatsapp, pero le parecía raro que no la hubiera llamado. Los padres prefieren hablar, con un mensaje no les basta. Aunque no están en casa. Van a pasar todo el fin de semana fuera. Así que tengo todo el tiempo del mundo para ti –le explica–. ¿Qué? ¿Vamos?

Marina echa un vistazo a la puerta, como si esperase que pasara algo, y vuelve a mirar a David fijamente. Ahora se observan los dos con intensidad. Parece que quieran leerse el pensamiento.

–Bueno, vale... Ven –acepta ella por fin.

Saca una gran llave del bolso y abre.

«No entiendo cómo ha podido pasar el control del aeropuerto con un trasto así», piensa David. Un chirrido resuena en la calle desierta. Detrás de la puerta hay una entrada para carruajes. Él, sorprendido, se pregunta cómo se las apañaban los carros para entrar por esa callejuela. Seguro que en otros tiempos la casa de delante no existía. ¡Qué tonto es! Sería eso, claro. El casco antiguo no tiene el orden cuadriculado y bien organizado del Eixample.

Entran. Ella sacude el pequeño paraguas y lo pliega. Después, enciende la linterna del móvil y enseguida encuentra un interruptor en la pared desconchada. Lo aprieta. A pesar de la escasa iluminación, el joven comprende que aquella casa fue en su día un palacio. Ahora todo está envejecido por el paso del tiempo y por la falta de uso. Sin duda, está abandonada.

Una escalera de mármol arranca desde el fondo de la entrada con dos estatuas de mujer, una a cada lado, que llevan unas antorchas iluminadas con bombillas de pocos vatios. El espacio adquiere un aspecto fantasmal. Poca luz, mucho polvo y un olor penetrante a soledad. Sus voces rompen el denso silencio.

–¿Seguro que quieres subir? –pregunta él–. No parece un sitio muy acogedor.

–No tengo más remedio. Sigo instrucciones.

–¿Instrucciones? ¿De quién?

Pero ella calla. David se siente desconcertado y al mismo tiempo entusiasmado, y con ganas de conocer más a esa chica y el misterio que esconde. Iluminando con la potente linterna del móvil los escalones desgastados por el peso de tantos pasos, Marina sube, seguida de cerca por su nuevo amigo. Han dejado las maletas escondidas en un rincón de la entrada para tenerlas a mano si les toca salir por piernas.

Delante de la única puerta de la primera planta, ella saca un manajo de llaves del bolsillo exterior del bolso de piel que lleva en bandolera. Es una puerta señorial, cubierta de telarañas, como si los años hubieran tejido un velo que enmascarase las formas y los distintos relieves grabados en la madera. Marina busca el interruptor y enciende la luz. La sorpresa de ambos es mayúscula.

–Pero... ¿cómo es posible? –dice David.

Los dos se imaginaban que iban a encontrarse prácticamente una casa del terror, como las de los parques de atracciones. Y no lo es, ni por asomo. Apagan la linterna de los móviles. La iluminación del vestíbulo y el largo pasillo es potente y les descubre una estancia cuidada. Todo está lleno de muebles antiguos, pero sin rastro de polvo. ¿Cómo puede ser? Cierran la puerta y se miran. Parece que tengan miedo de dar un solo paso.

–Tengo que buscar las instrucciones que me han dejado en una de las habitaciones –dice ella.

–Perdona, Marina. Deja un momento eso de las instrucciones. A ver: o hay fantasmas muy aseados o alguien ha pasado hoy mismo a limpiar la casa. Y a mí me parece que más bien es la segunda opción y puede que esa persona siga aquí –le dice David, nervioso, en voz muy baja–. ¿Tú crees que deberíamos seguir adelante? ¿Y si está el señor de negro del aeropuerto y nos ataca? Suerte que no te he dejado sola. Imagínate que...

–Chis... –dice ella, cogiéndolo del brazo para pedirle que se calle.

Al fondo del pasillo suena una pieza de música. David se queda paralizado.

–¿Lo ves? ¡Hay alguien! ¡Voy a llamar a la policía! –susurra alarmado.

–¡No, no, no lo hagas! Si quieres irte, vete. Pero no llames a nadie –dice ella decidida, susurrando también.

–Vale, vale –contesta él, aunque piensa que se están metiendo en la boca del lobo.

Avanzan por el pasillo. Está lleno de retratos con marcos recargados de madera cubierta con láminas de oro, muy al estilo de siglos pasados. Distintas personalidades endomingadas los observan desde los cuadros con mirada severa. «Serán de la nobleza. Como vea unos ojos que parpadean, agarro a Marina y salimos pitando», se dice David, aterrado.

–¿Te has fijado? –pregunta ella.

–¿En qué?

–Todos son retratos de mujeres.

–Es verdad.

–Curioso, ¿no? –dice Marina.

Llegan a una sala de estar amplia, con dos sofás Chester de piel capitoné, dos butacas de terciopelo algo raído pero sin polvo, una mesita en el centro encima de una alfombra enorme con dibujos florales rojos y ocre. Al fondo, descubren el origen de la música: un viejo gramófono.

–¡No puede ser! –exclama David, acercándose.

–¿Qué es lo que no puede ser?

Pero él no contesta, y no deja de mirar el aparato con atención.

–Ya decía yo que una máquina tan antigua no podía sonar así. Fíjate, Marina. El disco de piedra del gramófono no gira y, por lo tanto, no suena. Lo han tuneado con un equipo moderno controlado por Bluetooth, o quizá programado y escondido dentro.

La lleva a ver la parte de atrás, donde descubre un altavoz moderno, pequeño pero potente.

–Han creado una escenografía, con banda sonora incluida –le dice.

–Y nos han seguido.

Al chico no le hace gracia que Marina haya utilizado el plural, y además lo inquieta lo que acaba de decir.

–Quizá se haya activado el dispositivo cuando hemos encendido las luces de la casa.

–O quizá nos vigilen desde fuera. En ese caso, no pueden estar muy lejos.

Y, dicho eso, la chica se acerca a uno de los ventanales y observa el exterior.

–La casa de delante está a menos de tres metros. O sea, que es posible. Pero ¿cómo podemos saber desde dónde nos ven, desde qué ventana nos controlan? –dice él, mirándolas todas atentamente.

Ve que las persianas están bajadas, y los postigos, cerrados. Es imposible saber desde dónde los observan, si es que los observan. La música sigue sonando muy bajito. Es una pieza de piano.

De golpe, se interrumpe.

–¿Has tocado algo? –pregunta Marina alterada.

–¿Yo? ¿Cómo quieres que toque nada a esta distancia? No tengo poderes paranormales.

Por el gramófono modernizado se oye una voz profunda y distorsionada:

–Bienvenida, Marina. Si estás aquí es porque has aceptado la herencia de tu padre, lo que te corresponde por sangre. No esperábamos menos de ti. A partir de ahora, vas a enfrentarte a distintos retos. Tendrás que aprender a confiar en desconocidos que aparecerán en tu camino y también habrá llaves que abrirán puertas, cómodas y entradas a diferentes lugares. Ya has abierto

la primera puerta. Es la de esta casa. Puedes vivir aquí mientras estés en Barcelona. También encontrarás un sobre con una primera pista. Búscalo. No te eches atrás. Confiamos en ti.

Y, después de esas palabras, vuelve a sonar la música.

–¡Ya está bien de musiquita!

David desconecta el aparato.

–¿Qué haces? –grita Marina.

El chico se planta delante de ella, coge aire y le dice con voz firme:

–A ver, Marina. ¿Qué es lo que te da miedo? ¿Por qué tienes que seguir esas instrucciones? ¿Quién era el hombre que te perseguía en el aeropuerto?

Hace las preguntas casi sin respirar. Y añade, quizá para destensar el ambiente:

–Por cierto, ¿no tienes hambre? ¿Por qué no vamos a cenar algo y me dices qué es todo este juego de enredos?

–Luego te lo cuento todo. Bueno, todo lo que sé –contesta ella con aplomo–. Ahora tengo que encontrar el sobre de las instrucciones.

–¡Vamos! ¡Hemos venido a jugar! –suelta David, en broma.

Tanto el uno como la otra van abriendo puertas, con prudencia, y descubren habitaciones en las que parece que el tiempo se haya detenido. Camas perfectamente hechas, con colchas bordadas y fundas de almohada con encajes, arañas de cristal en el techo, lámparas de delicadas tulipas en las mesillas de noche, grandes armarios de madera noble con espejos.

–¡Queda claro que aquí hay dinerito! No veo ni un solo mueble de IKEA –dice David–. Y está todo limpio, sin polvo...

–¿Tú crees que aún vivirá alguien en esta casa? –pregunta ella intranquila.

–No sé. Pero parece un piso piloto para compradores del año de la pera, cuando todo el mundo tenía posibles.

–¿Qué?

–Ay, perdona, es una expresión de mi abuela; significa que todo el mundo tenía pasta. Está todo tan bien puesto y tan limpio... Nada que ver con la entrada terrorífica.

–¡Venga, sigamos buscando!

Los jóvenes se separan y empiezan a inspeccionar habitaciones y rincones. Primero, un poco cortados, pero luego se sueltan el pelo, abren cajones, miran debajo de las sábanas y de los colchones, dentro de los armarios y de las cómodas...

–¡Marina! ¡Ven! –grita David.

–¿Dónde estás?

–¡Hacia el vestíbulo, por el pasillo de la izquierda!

Marina sigue un corredor con las dos paredes cubiertas de estantes llenos de libros hasta arriba. Al fondo, ve una puerta abierta, donde la espera su nuevo amigo.

–¿Esto qué es? –pregunta.

–Una capilla privada –responde David.

–¿Cómo que «una capilla privada»?

–En las casas ricas de esta época solía haber una.

–¿Y por qué? ¿Es que no salían para ir a misa?

–Sí, claro –explica el chico–. Pero podían bautizar a los niños en casa, casarse o ir a rezar cuando quisieran. Piensa que, muchas veces, tenían algún hijo sacerdote.

–¿Y tú cómo sabes todo eso? ¿Eres historiador? –pregunta Marina.

–No, pero mi abuela es un pozo de ciencia. Y de historia.

–Ah.

–En su casa hay una –añade David.

–¿Una capilla?

–Sí.

–¡Ostras! Eres de familia bien.

–Nooo, mi familia es muy normal. ¡Ya me gustaría ser millonario! Pero no. Soy un simple graduado en Ciencias Biomédicas y acabo de volver de Londres, de hacer una entrevista de trabajo para incorporarme a un grupo de investigación de la Universidad de Leicester.

–¡O sea, que estás hecho todo un Sheldon Cooper! –exclama Marina.

–¡Qué va! ¡Sheldon se dedica a la física teórica! Y, además, ten en cuenta que yo no soy tan rarito ni tan asocial como el doctor Cooper. Quiero decir que tengo amigos. Y sobre lo del trabajo aún tienen que contestarme.

–Así que no eres rico.

Él niega con la cabeza.

–Mis tatarabuelos eran los que tenían pasta. Mi abuela heredó su casa. Tendrías que conocerla. Es rica en conocimientos de todo tipo –dice David.

–La mía también te caería bien. Desde que era pequeña me cuenta unas historias increíbles y maravillosas. Habría sido buena novelista. En fin, deberíamos registrar esta capilla.

Se dividen el espacio. Mientras Marina busca debajo de las viejas sillas, en el banco que hay en un rincón, en los dos reclinatorios de terciopelo granate y en las hornacinas de la pared, que contienen estatuillas de santos, David se dedica a mirar por todo el altar y por el precioso retablo dorado que hay detrás.

–Pero ¿qué es esto? –pregunta Marina.

David se acerca. Lo que parecía un banco, en realidad escondía una sencilla pila bautismal de mármol blanco.

–Aquí bautizaban a los niños. Supongo que debían de protegerla con esta especie de invento de madera que también servía de banco cuando había otras celebraciones. Así la familia podía sentarse encima. Aunque no lo sé seguro. ¿Quieres que lo desmontemos del todo?

–No, deja, deja. No puede ser tan complicado. Seguro que lo tenemos delante de las narices. Vamos a seguir buscando.

Al cabo de unos minutos desesperantes, se dan por vencidos.

–¿Y si vamos a otro lado? Aún no hemos entrado en la cocina, en el baño...

–¡Espera! –dice ella.

–¡Ostras, Marina, menudo grito! Me vas a matar de un infarto.

–¿Te has fijado en los dos ángeles?

–¿Qué ángeles? ¡Esto está lleno de ángeles, santos y vírgenes! –dice David, mientras busca entre las figuras que hay por todas partes.

Marina se acerca rápidamente al altar. Debajo de una virgen morena que preside la escena, hay dos ángeles. Llevan una cinta azul de la que, entre los dos, cuelga una bolsita.

–¡Aquí! –grita Marina.

Con mucho cuidado, la abre y saca una llave y un papel doblado. Lo despliega y lo lee:

No esperábamos menos de ti. Ya tienes otra llave y una segunda pista. Si ahora, por algún extraño accidente, este viaje lo haces acompañada, os esperan en casa de Astruc Sacanera.

La chica se queda de piedra.

–¿Por qué dice que si viajo acompañada? ¡Acabo de conocerle! ¿Cómo lo saben? Pero ¿qué es esta locura?

–A mí no me mires. Yo no entiendo nada de nada –dice David–. Pero ¡un momento! Si esta es la segunda pista, ¿dónde está la primera? ¡No hemos buscado bien! ¿Y quién es esa Astrid?

–Astric. ¡Ah, no, perdona! Me he colado. ¡Pone «Astruc», no «Astric»! Es una u –contesta Marina.

–¡Qué nombre tan raro! ¿Y quién o qué será ese tal Astruc?

–Vamos a volver al salón. La primera pista tiene que estar allí. ¡Hemos corrido demasiado!

–Me estoy mareando con tantas sorpresas y también por el hambre que tengo. ¿Y si paramos un momento, recapitulamos y vamos a picar algo? ¡Marina!

Pero la chica ha pasado de él y ha salido pitando como alma que lleva el diablo hacia el salón.

David se la encuentra toqueteando el gramófono.

–¡Ya la tengo!

Marina despliega una tarjeta que ha encontrado dentro del altavoz antiguo con forma de tulipán gigante. El texto lo abre una letra capitular muy bonita y está todo escrito con pluma y con una caligrafía preciosa. La chica lee en voz alta:

Azar. El azar es lo que te ha traído hasta aquí. En este viaje intenso pero de corta duración, conocerás un pasado escondido que forma parte de tu presente. Sigue buscando la llave de la segunda puerta. La tienes muy cerca. Espero que hayas encontrado a un buen compañero de viaje. ¡No tengas miedo y adelante!

–Y firma con un símbolo que me suena –añade.